

2^{DA} EDICIÓN
ENTREVISTA A
VERÓNICA
MENDOZA

José Luis Rénique

INCENDIAR LA PRADERA

Un ensayo sobre la *revolución* en el Perú



Entrevista a Verónica Mendoza¹

Entrevista realizada por José Luis Rénique

Preparando esta entrevista, me detuve con particular atención en 1980, y quisiera tomar esa fecha como punto de partida de nuestra conversación. Nacistes con el retorno a la democracia, pero también con el estallido senderista. Tenías nueve años cuando cayó el muro de Berlín (1989), tenías doce años en el golpe del 5 de abril (1992). El mundo en el que llegas a la política, es diametralmente distinto de aquel en que mi generación tomó conciencia del país, se acercó a organizaciones políticas, construyó una dinámica de izquierda, que culminó en la formación de Izquierda Unida y todo lo que pasó después. ¿Cómo fue tu proceso de acercamiento a la política? Me gustaría saber cuáles fueron los hitos de ese proceso —o como diría Mariátegui “las estaciones del alma”— que tuviste que pasar para abocarte a una carrera política que te ha colocado en una situación excepcional: el liderazgo de una mujer de una de las grandes tradiciones políticas que ha forjado el Perú del siglo XX.

Es un poco difícil situarme, porque pocas veces he tenido la oportunidad de reflexionar al respecto y porque mi historia es, además, particular. No podría hablar en nombre de una generación porque, a pesar de ser hija de militantes de izquierda, mi padre y mi madre —supongo que para protegerme— ni de niña ni de adolescente me transmitieron la historia y la tradición de la izquierda que ambos

¹ Entrevista realizada por José Luis Rénique a Verónica Mendoza, el miércoles 11 de julio de 2018.

vivieron. Quizá sí los valores, pero nunca me compartieron sus historias, sus anécdotas, sus aventuras.

Y en los años noventa, hice buena parte de mi secundaria en un colegio católico y conservador de Cusco, donde de lo último de lo que se hablaba era de la vida política del país. Luego entré a la universidad San Antonio Abad, en 1997, en un momento en el que no se veía ningún referente político de izquierda. Soy de una generación huérfana de referentes políticos que nos hubieran permitido canalizar nuestras inquietudes sociales y políticas.

Entonces, mi acercamiento ha sido muy intuitivo, muy personal. Me preguntas por cuáles podrían ser esos hitos, esas marcas que fueron confirmando mi vocación política. Un hito fuerte para mí fue el Baguazo, ese hecho fatídico que ocurrió el 2009, precedido de largas y contundentes movilizaciones, primero indígena-amazónicas, aisladas e invisibilizadas; pero luego también nacionales y ciudadanas, de un pueblo que empezó a identificarse con una agenda política, un territorio y una historia que hasta entonces le habían sido ajenas, pero con las que luego conectó, con esta sensación compartida de abandono y discriminación y con una demanda de un proyecto político más amplio y diverso que nos integrara a todos como nación.

Otro de esos hitos y, quizá el más fuerte para mí en términos personales y políticos, fue el conflicto en Espinar en 2012, que significó mi ruptura con el Partido Nacionalista. El pueblo de Espinar, que había votado masivamente y con esperanza por Humala, que solo pedía que el megaproyecto minero Tintaya no contaminara sus aguas y respetara sus derechos, fue violentamente reprimido. Murieron tres campesinos quechuahablantes, sus muertes quedaron hasta hoy en la impunidad, el Gobierno de Humala nunca hizo ni siquiera una sutil autocrítica ni pidió perdón por los muertos. Ahí entendí cómo la democracia nos era esquiva porque quien mandaba en el país no era el Presidente sino el poder económico, ahí entendí que para ese poder algunas vidas valían menos que el cobre o el oro, ahí entendí lo que era la traición a un pueblo y la razón de su desesperanza. Nunca olvidaré al alcalde Mollohuanca golpeado por la policía de operaciones especiales en la propia Municipalidad, ni a ese defensor de derechos humanos enmarcado como un delincuente, ni a esa mujer de polleras que gritaba entre sollozos: “¿Por qué nos haces esto si nosotros hemos

votado por ti?”, dirigiéndose al Presidente que de candidato había prometido diálogo y no violencia. Ahí decidí que mi compromiso era con la vida, con el pueblo y con el diálogo como esencia de la democracia.

Quisiera regresar a ese momento de 1997, a tus años universitarios, ¿cómo veías entonces tu futuro? Y sí, estoy tratando de ser personal porque creo que tenemos mucho que aprender de tu trayectoria. ¿Qué perspectivas tenías? ¿Por qué te fuiste a Francia, qué encontraste allí?, ¿qué descubriste en la historia de tus padres que pudo quizá alentar tu imaginación política?

Bueno, mi padre es cusqueño, de familia campesina quechuahablante, de Andahuaylillas. Por lo que él me cuenta, de pequeño solía pastar sus vacas, fue el hijo mayor de una familia de siete hermanos. Sé que tuvo que abandonar sus estudios de Derecho en la Universidad San Antonio Abad del Cusco porque la situación económica de su familia no permitía que continuara y solventar, al mismo tiempo, también al resto de los hermanos. Dejó entonces la carrera de Derecho por la carrera de Educación. Se hizo maestro, y es allí donde se vinculó al SUTEP, participando en el evento fundacional en Cusco. Y fue, incluso, candidato a la alcaldía de Andahuaylillas por Izquierda Unida, después de haber sido presidente del Frente de Defensa del distrito.

Mi madre, más bien, es hija de una familia burguesa francesa. Ella fue algo así como la rebelde de la familia, la que quiso dejar las comodidades y privilegios familiares, siguiendo su intuición política. Sé que fue activista del Mayo del 68 en París. Al Perú llegó tras las huellas del Ché Guevara y buscándose a sí misma. Llegó a Cusco, se enamoró de un piano, porque ella era pianista, y de mi padre. Y se quedó para siempre. Se hizo docente de matemática de la Universidad San Antonio Abad.

Todo esto que cuento no lo he sabido sino tardíamente. De hecho, cuando estuve viviendo en Francia, y en contacto con los familiares de mi madre (más o menos cuando ya tenía veinte años), recién me enteré de esas historias y de cómo mi madre solía, en su departamento de juventud, alojar a algunos exiliados de izquierda de América Latina —de Chile en particular— que huían de las dictaduras de aquel tiempo. Todo esto nunca me lo contó. Cuando volví de Francia a Cusco por primera vez, le reclamé por qué me

había escondido toda aquella parte de su vida. Y mi padre me decía de adolescente: “No me digas que quieres ser política, porque en política te traicionan”. Pero también me decía: “No me digas que quieres ser profesora, porque la de profesor es la ocupación más desvalorizada que hay en el país y te vas a morir de hambre”. Ese era el mensaje que me había transmitido mi padre.

Yo ingresé a la Universidad San Antonio Abad a la Facultad de Arquitectura. Tenía apenas 16 años, y solo había tenido referencias de las carreras de Arquitectura, Ingeniería Civil, Derecho y Medicina, ese era mi horizonte. Casi por descarte postulé a Arquitectura, pensando que por ahí podía darle curso a mi vocación artística y creativa, y no fue precisamente lo que encontré. Encontré más bien una lógica muy cerrada, que le cortaba alas a la creatividad.

Y bueno, fue por darle respuesta a mis inquietudes sociales que decidí estudiar Psicología —luego quise estudiar para Piloto de Avión en Lima, cosa de la que mis padres me hicieron desistir rápidamente—. Entonces, siguiendo con la búsqueda, decidí estudiar Psicología, pero en aquel momento no existía esa carrera en el Cusco. Las alternativas que se me presentaban eran ir a Lima o ir a Francia. Y bueno, tanto por lo enriquecedora que podía ser la experiencia de estudiar en otro país, como por razones económicas, decidimos con la familia que me fuera a Francia. Ya habíamos estado en dos o tres oportunidades en Francia. Incluso, entre mis cinco y siete años, viví con mi familia allá porque mi madre había decidido hacer su Maestría en Matemática. Pero la evaluación que se tuvo con la familia fue que era menos costoso ir a estudiar a Francia que ir a estudiar a Lima, cosas de la vida.

Fue así que terminé en una Facultad de Psicología, y terminé allá mis primeros estudios universitarios, pero no terminaba de hallarme, y poco a poco caí en la cuenta de que no bastaba preocuparse por la dimensión individual si no se entendía y atendía la dimensión social. Fue entonces que terminé estudiando Antropología. Recuerdo que me marcó mucho una conversación, de esas anécdotas que parecen insignificantes pero que a una le marcan la vida. Fue una conversación con un peruano, arequipeño si no me equivoco, tenía un restaurante en París que se llamaba El Picaflor. Me preguntó quién era yo, de dónde venía y a dónde iba, y cuando le comenté que estudiaba Psicología, me dijo algo así como: “pero qué haces tú tratando de salvar a los loquitos, el problema no son

los loquitos, el problema es la sociedad, la sociedad es la que está loca”. En fin, me hizo caer en la cuenta que, efectivamente, la que la estaba “loca” y enferma era la sociedad y que quizás era por ahí que había que empezar a tratar de curar las heridas. Entonces, terminé estudiando Antropología.

Hasta ese momento no había tenido ningún contacto con ninguna organización política. Pero tenía una inquietud, una angustia, una sensibilidad social. Me indignaba, me conmovía la desigualdad, la injusticia, la discriminación, me conmovió la caída de Fujimori (2000) y todo lo que representó, a pesar de que no tuve la suerte de vivirla en el Perú, en esos momentos estaba en Francia.

Traté de canalizar esa inquietud, sobre todo en Cusco, participando de un colectivo que tenía por principal acción tomar los muros de la ciudad del Cusco para empapelarlos con lo que creíamos que eran las noticias políticas importantes, esas que los grandes medios de comunicación invisibilizaban, y decíamos: “si los medios callan, los muros hablan”. Hablábamos de las luchas campesinas e indígenas contra los grandes proyectos de inversión minera o petrolera que amenazaban sus territorios, sus fuentes de agua. Hablábamos de la expoliación de nuestros recursos, del tema del gas, todos temas importantes para nosotros los cusqueños, los temas de discriminación hacia la mujer. En fin, ese fue mi primer espacio de reflexión y de acción política. Y en Francia, de manera absolutamente solitaria e intuitiva, me fui acercando a algunas organizaciones políticas.

Me colé, por ejemplo, a un par de asambleas, ya no recuerdo a razón de qué tema o coyuntura particular, del Partido Comunista Francés (PCF). Ahora me río, porque no sé muy bien cómo llegué ahí. Nadie me dijo “anda ahí, vas a encontrar esto o aquello”. Me guie por los afiches que había en la calle, con palabras y expresiones que me interpelaban y fui a ver. En Francia la movilización ciudadana es muy fuerte, no hace falta buscarla, te la encuentras. En el Perú, más bien, si marchas se te estigmatiza como “revoltoso”, “terrucos” y todas esas agresiones que están tan de moda. Pero en Francia es parte de la vida ciudadana, cotidiana, natural, y eso me impactó muchísimo. Una de las movilizaciones que más me impactó fue una particularmente multitudinaria, colorida, con familias enteras, era contra la guerra en Irak. Ahí aprendí la solidaridad internacional.

Mencionaste, y me llamó la atención, este vínculo a través de tu madre con el Mayo del 68, ¿despertó en algún momento tu curiosidad de enterarte un poco más de esas luchas, dada la situación de búsqueda y el hecho mismo de estar en Francia?

Sí, aunque de manera tardía. Por un lado, en la búsqueda por entender y conocer más a mi madre que era una mujer muy reservada con su historia y sus cosas personales. Y también buscando respuestas a mis inquietudes políticas y sociales. Fui entendiendo la importancia de la movilización y la organización ciudadana, juvenil, fui viviendo y comprendiendo su fuerza y su potencial transformador, su belleza, curiosamente, en un país ajeno al mío. Mi primer contacto, ya más formal y concreto en el mundo de la política institucional, fue el Partido Nacionalista.

¿Cómo así entra en tu radar la cuestión del nacionalismo? ¿Qué encuentras allí? Ya en ese momento tenías una identificación con la izquierda. Háblame de ese periodo, que llega hasta el 2012, año en que renuncias al nacionalismo.

No tenía identificación con alguna organización de izquierda, aunque supongo que, intuitivamente, culturalmente, sí; pero nunca me había adherido a ninguna. Más allá de mis exploraciones en las asambleas del Partido Comunista Francés, o de la Liga Comunista Revolucionaria que luego se convirtió en el Nuevo Partido Anticapitalista. Pero más allá de estas exploraciones, no había tenido ningún vínculo con ninguna organización de izquierdas, hasta que escucho de un movimiento que empieza a constituirse en ese hito fundacional, ahora cuestionado, pero que en ese momento para mí fue genuino, que fue el levantamiento militar de Locumba (octubre de 2000), liderado por Ollanta Humala en contra de la dictadura fujimontesinista.

Claro, ahora todo eso está cuestionado, y ya no sé, finalmente, cuál será la historia real de ese levantamiento militar, ahora hasta se especula que eso fue pactado con Montesinos, no lo sé. Pero lo que sé es que, en aquel momento, una parte importante de la ciudadanía, incluida yo, se sintió representada con ese gesto de rebeldía, que además traía un discurso de reivindicación étnica y cultural.

Había también este discurso de reivindicación de las mayorías andinas, campesinas, rurales, urbano-populares excluidas,

marginadas, discriminadas que empezaban a reivindicar su identidad, la soberanía sobre el territorio nacional y sus territorios. Esto de alguna manera hizo eco en mí, y me pareció que por ahí había una posibilidad de conectar las fibras profundas de la gente y construir algo que reivindicara la rica diversidad de nuestro país en contraste con la lógica homogeneizante y colonial de otros proyectos políticos; al mismo tiempo era consciente de los límites y riesgos de esa conexión, porque había en cierto sector del movimiento un sesgo racista —que descalificaba lo “blanco” para reivindicar lo “indio”— y autoritario. Pero en ese momento era lo que había y se movía y canalizaba las expectativas de un amplísimo sector ciudadano.

Hasta donde yo recuerdo, aunque es una tarea pendiente analizarlo, las izquierdas en ese momento desconfiaron enormemente del proceso, no solamente de Ollanta Humala, sino del propio movimiento nacionalista, que también era una manera de desconfiar del propio pueblo en nombre del cual hablaban. Izquierdas y nacionalismo han mantenido siempre una relación marcada por la desconfianza. ¿Por qué fue así? Hay que reflexionar al respecto. Creo —y no puedo decirlo con certeza porque en esos tiempos andaba entre París, Cusco y Lima— que recién en la campaña presidencial del 2006, se produjo ese acercamiento, pero siempre con desconfianza de por medio. Recién en aquella campaña, y a través del movimiento nacionalista, es que empiezo a conocer y acercarme a referentes de izquierda como Carlos Tapia o Edmundo Murrugarra.

Quisiera llevarte un poco a ese momento, a los nombres que has mencionado. Por ejemplo, podríamos añadir a Javier Diez Canseco o a Rosa Mávila. Son personas que prácticamente te doblaban la edad y que tenían una presencia política bastante marcada, muy atacada por el fujimorismo. Me pregunto si en algún momento, en ese proceso de identificarte con la izquierda, te hiciste preguntas sobre lo que significaba Mariátegui, el Partido Comunista, Sendero Luminoso, Hugo Blanco, la movilización campesina. En resumen, ¿cómo fue tu encuentro con esta tradición de la izquierda peruana?

Bueno, a Tapia y a Murrugarra los conozco alrededor del 2005, y a Javier y a Rosa los conocí después en el Congreso, en el 2011, bastante después. Y, sí, fue a través de ellos que fui conociendo que las luchas que vivíamos y acompañábamos tenían una historia, tenían

precedentes, tenían referentes e hitos históricos. Fui conociendo de las luchas, victorias, fracasos y pendientes de la izquierda, encontrando un hilo conductor en las discriminaciones profundas y arraigadas que todavía perviven en nuestra sociedad, y las que hoy apenas se visibilizan. Poco a poco voy reconstruyendo esa historia y voy entendiendo en ese camino que yo también, sin saberlo, había vivido esas tradiciones, a través de otros, de familiares, de mi pueblo, a través de discursos e imágenes. No fue, entonces, un encuentro académico, ni orgánico, fue más bien vivencial.

Sobre Velasco y la Reforma Agraria, por ejemplo, no hay cusqueño que no sepa quién fue Velasco y lo que representó histórica y culturalmente para el país, sobre todo quienes hemos tenido cercanía con las comunidades campesinas quechuas, donde las luchas por la tierra, la Reforma Agraria y la figura del gobierno militar, constituyen una marca identitaria muy fuerte. No tenía una valoración ideológica de ese proceso, solo un sentimiento, una pertenencia cultural a un pueblo que halló en Velasco a un revolucionario que liberó a los indios de los hacendados que les marcaban la inicial del apellido del patrón con hierro candente en el hombro y que evocaba a otra figura más remota, la de Túpac Amaru II. Esos fueron los mitos populares de los que bebí de niña.

¿Cómo se podría entender, en alguna medida, ese encuentro con personas que te doblaban la edad, que han visto a los líderes históricos de los años treinta, que se han sentado en la Asamblea Constituyente con Haya de la Torre, que han escuchado comentar a Jorge del Prado anécdotas sobre Mariátegui? Pero tú vienes absolutamente de otro lado y terminas siendo en este momento, estamos hablando en julio del 2018, uno de los rostros fundamentales de la izquierda. ¿Cómo lo viviste?

No lo sé, supongo que fue el encuentro de varias voluntades, pero también de una dosis de azar y destino, o conspiraron los Apus. Pudo haber sido muy diferente porque mi primer acercamiento más orgánico a la izquierda peruana fue a través del Partido Nacionalista, eran proyectos políticos que se encontraban, pero en una relación de desconfianza y de cierta competencia. Como yo estaba, entre comillas, del “lado de los nacionalistas”, de alguna manera me impregné del prejuicio hacia esa izquierda a la que le reconocíamos su lucha, su coraje, los derechos ganados, pero que, al mismo

tiempo, sentíamos cargada de ciertos aires de superioridad moral e intelectual. Pienso que había también un tema de clase de por medio. Los nacionalistas eran, pues, más cholos, más provincianos.

Por otro lado, si bien reconocíamos el legado y aporte de estos compañeros, a veces resultaba en cierto sentido agobiante su nostalgia de lo que fue y lo que no pudo ser, a veces sentíamos que vivían más mirando el pasado que escuchando a la gente y mirando el futuro. Quizá por eso tuvimos que buscar una lectura propia, porque sentíamos que el discurso y las herramientas que tenían los compañeros de esta generación no eran suficientes para entender el país de hoy y conectar con el momento político y con la gente.

Luego coincidí con compañeros más cercanos a mi generación, hablo del propio Jorge Millones, o de Anahí Durand y Álvaro Campana que ahora están en la Comisión Política del Nuevo Perú. Ellos tuvieron un proceso de activismo, reflexión y autoformación más sostenido desde fines de los años noventa a través del Colectivo Amauta y otros similares en el movimiento estudiantil de la universidad de San Marcos. Yo me encuentro con ellos más tarde, recién después de mi ruptura con el nacionalismo en el 2012. Ahí esas generaciones intentamos hacer nuestra lectura de la realidad, nuestra propia síntesis política que estuvo muy marcada por los movimientos sociales que en ese momento definían la agenda pública del país y en los cuales muchos de nosotros estuvimos luchando o que estuvimos acompañando. Hablo del movimiento indígena, el movimiento juvenil, estudiantil y trabajador, en la vorágine que significó el “movimiento pulpín” (2015), el movimiento de mujeres con una nueva generación de feministas que empezaba a articularse e irrumpía disruptivamente, y el movimiento LGTBI también, que desde la más absoluta marginalidad política aparecía rompiendo prejuicios y estereotipos en las propias izquierdas.

Entonces, siento que del encuentro de esas luchas y de quienes transitamos en ellas, surgió una nueva síntesis, una nueva comprensión del país. Por eso mismo, uno de los paradigmas que marca mucho nuestro proyecto político es el de la unidad en la diversidad, no solo porque reconocemos al Perú como un país diverso cultural, geográfica, económicamente, etc., sino también porque reconocemos y reivindicamos la diversidad de luchas y de formas de lucha. Un poco a contracorriente de las lógicas hegemónicas y homogeneizantes de la política tradicional de derecha, pero

también la de izquierdas; reivindicamos la diversidad como una riqueza y una fuerza, un potencial transformador. Demandamos que se reconozca todas las formas de dominación, de discriminación como igual de graves, urgentes y atendibles. Frente a una generación de izquierda que miraba con desdén las reivindicaciones feministas, por ejemplo, nosotros reivindicamos todas las luchas como igual de importantes. Creo que hoy no puede haber proyecto político de izquierdas que postergue a las mujeres, que considere —como ocurrió durante demasiado tiempo— sus reivindicaciones de igualdad como subalternas. Creo que el feminismo tiene hoy un ineludible potencial emancipador.

Creo que, por otro lado, el haber estado en esas luchas y haber intuido su potencial transformador y haberlas procesado como parte de una misma síntesis política, nos hizo pensar audazmente que era momento de irrumpir con un proyecto político e incluso electoral de izquierdas, o que, desde las izquierdas, interpelara y convocara a la ciudadanía. Mientras otras izquierdas pensaban aún cómo “auparse” en otras plataformas electorales sin perfil propio. Pensamos con audacia y quizás también con una dosis de ingenuidad, que era hora de pensar también en gobernar, en disputar los sentidos comunes, construir poder popular y gobernar. Creo que esa audacia colectiva explica en parte también cómo terminé asumiendo un rol en el que no me había imaginado.

Y en esa lectura propia que nos has explicado, qué influencias teóricas asumen; porque una de las diferencias que uno lee de tu propuesta política es la ausencia de una ideología explícita, no se habla, por ejemplo, de socialismo. Has hablado de revolucionar la política, revolucionar la economía, pero el modelo de “revolución” ya no aparece como tal. ¿Podríamos decir que no hay ideología, que no hay teoría? ¿Cuáles son las persuasiones, los paradigmas, esos nuevos instrumentos de lectura política propia de la realidad peruana?

Primero, hubo un ejercicio deliberado de simplificar el lenguaje para poder conectar con la gente, para no limitarnos a convencernos entre nosotros mismos sino hablarle a los otros, luego de escucharlos. Pero creo que también hay que reconocer autocríticamente cierta precariedad ideológica. Hoy la política está tan devaluada y los compromisos son tan volátiles que es difícil construir ese nivel

de identidad. Hoy es más una identidad programática y de valores. Sin embargo, aunque no sea tan explícito, hemos bebido mucho de Mariátegui. De alguna manera, Mariátegui en su búsqueda en el mundo andino; y, por otro lado, en su vocación de conectar las dimensiones política y cultural, de conectar con la subjetividad y la memoria histórica, sí ha sido una herramienta clave en nuestras reflexiones teóricas y políticas.

Diría que Aníbal Quijano también nos provocó repensar los esquemas de análisis de la realidad, evidenciar la colonialidad del poder y del saber, con esta crítica a la versión eurocéntrica de la modernidad. Creo que nos invitó a mirar las cosas desde otras perspectivas, a través de otros ojos, los ojos de los indígenas, los ojos de las mujeres, los ojos de la comunidad LGTBI, los ojos del trabajador informal, y a cruzar esas miradas. Y luego, creo que la teoría y la reflexión feminista también nos orienta a entender que no hay dimensión de la vida en la que no se expresen las relaciones de poder y, por lo tanto, las relaciones de dominación se reproducen en las distintas dimensiones de la vida y hay que dar la batalla en todas esas dimensiones, desde las más públicas hasta las más privadas, desde el Estado hasta la sexualidad.

Y, un poco en esa línea de la transversalidad de las luchas emancipatorias, también hemos bebido del paradigma latinoamericano del Buen vivir que interpela nuestro egocentrismo como generación y como especie, que plantea construir relaciones armoniosas y solidarias no solo entre seres humanos sino también con la naturaleza.

Esas podrían ser algunas de las herramientas de análisis con las que hemos ido dando forma a nuestra síntesis política, aún en construcción. Seguramente otros compañeros y compañeras de anteriores generaciones han tenido otros marcos de análisis, yo te comparto un poco mi perspectiva personal.

Una pequeña pregunta en esta parte de nuestra conversación. Si yo leo, por ejemplo, los documentos del Partido Socialista que acompañan al proyecto de Nuevo Perú en este momento, ellos dicen, y estoy un poco citando a mi manera, que todo lo que tú dices es parte de la construcción del socialismo peruano, pero en otros documentos lo que se ve es un proyecto de radicalización de la democracia. ¿Tú dirías que el Nuevo Perú avanza entre ambos polos?

Sí, de hecho, es algo que nos ha puesto y nos pone en tensión porque también mi generación quiso irrumpir, efectivamente, con la lógica de la democracia radical, horizontal, cuestionando todas las lógicas caudillistas, verticales, autoritarias, empujando lógicas muy participativas, muy abiertas. Pero hemos aprendido que un exceso de “democratismo” es también riesgoso y no necesariamente es útil para organizarse o articular. Entonces, es algo en torno a lo cual estamos reflexionando y ensayando. Por ejemplo, en algún momento, la idea de “un militante, un voto” se volvió casi en un dogma de algunos, si no había “un militante, un voto” no era democrático, era autoritario y abusivo, y se perdía de vista la necesidad de representatividad y diversidad para una democracia genuina.

Son cosas sobre las cuales estamos aprendiendo y desaprendiendo al calor del proceso. Lo que pasa es que todo este proceso se ha dado a modo de vorágine y se ha fraguado en medio de la lid electoral, aún tenemos muchas cosas por debatir y analizar: democracia, Estado, representación, socialismo, feminismo, etc. Nosotros acabamos de tener nuestro Congreso nacional fundacional en diciembre (2017), además, ni bien arrancamos esta nueva Comisión política, nos agarró desprevenidos el indulto ilegal a Fujimori (diciembre 2017), la vacancia presidencial (marzo 2018), los escándalos de corrupción en la clase política y empresarial tradicional, etc. Espero que en algún momento venga la calma...

Un último punto. Quisiera plantearte algunos problemas, ya saliendo del terreno ideológico y yendo más a esa intuición, a esa sensibilidad que caracteriza tu manera de mirar la política. ¿Cómo se le habla a un país donde la gente desconfía de todo, donde el recurso más inmediato para discutir sobre la cosa pública es el insulto, donde constantemente estamos viendo espectáculos aborrecibles de corrupción, donde la gente cita constantemente, y hasta olvidándose de quién lo dijo, esta famosa frase de Gonzales Prada que “donde pones el dedo, salta la pus”, ¿cómo hacer política en un país tan disgregado, tan grande, tan desconectado?, ¿qué significa hacer política para una mujer joven como tú?

Difícil, se nos vienen crisis tras crisis que lo único que hacen es ahondar esas brechas. Difícil, pero por lo mismo retador, duro por momentos, pero también hermoso y conmovedor por otros, porque si

bien es cierto, hay mucha violencia, mucha desconfianza, agresividad e individualismo, también hay mucha solidaridad, vocación de articular, de sumar fuerzas, de defender bienes comunes. Creo que una de las claves está en la valoración de la diversidad ya no como una amenaza que conjurar sino como una riqueza y como un potencial. Supone también desarrollar lógicas más articuladoras y no solo centralizadoras y supone escuchar, reconocer las diversas sensibilidades, sin descalificar a priori sino escuchar y ponerse en el lugar del otro.

Ponerse en el lugar del otro, a contracorriente de la lógica de la superioridad moral e intelectual que muchas veces ciega a las izquierdas. Dejar un poco esa actitud de aquel que tiene resuelto el problema y viene a decirle a la gente lo que es y lo que tiene que hacer. Creo que sí, la gente necesita que le des un norte, una ruta, pero también necesita que la escuches, que reconozcas sus diferencias, sus angustias, sus broncas y sus desconfianzas, y que construyas las soluciones con ella.

De hecho, esa fue una de las cosas que más me marcó en la campaña electoral del 2016. Nosotros, y yo en particular, empecé en un tono muy programático, ya que mi angustia era demostrar que la izquierda era capaz y eficiente, que tenía propuestas y soluciones para todo: para el Estado, para resolver la corrupción, para manejar la economía y que todo tenía un sustento técnico inapelable. Pero me encontré con que la gente, antes que eso, demandaba reconocimiento, demandaba que la miraras a los ojos, de igual a igual, ser escuchada, ser reconocida. Eso me impactó muchísimo.

Revela también una ciudadanía, un pueblo cuyas partes se sienten ajenas, lejanas, invisibles entre sí. Lo primero para tratar de articularlas es reconocerlas, nombrarlas. Hay muchos que hoy no son nombrados aún, desde el pequeño trabajador autónomo que se siente emprendedor, pasando por el comerciante ambulante, hasta el indígena que reivindica su identidad y su territorio, hasta la mujer que lucha por el derecho a decidir sobre su cuerpo, sobre su vida.

Todas y cada una de esas partes necesitan primero ser reconocidas, nombradas y valoradas, y, a partir de ahí es que podremos tejer con cada una de esas partes una hermosa lliclla resistente y colorida. Ese es el nuevo Perú, un Perú que nos abraza a todas y todos.